

El *Directorio General para la Catequesis*, el documento que nos abre nuevos espacios para la evangelización

Mons. D. Rino Fisichella

Presidente del Pontificio Consejo para la Nueva Evangelización

La Iglesia existe para evangelizar

«La Iglesia existe para evangelizar». En una expresión tan sencilla como lapidaria, Pablo VI planteó la esencia de la Iglesia. No hacen falta muchos discursos para comprobar la verdad de esta palabra. Se impone como la expresión que más corresponde a la enseñanza de Jesucristo, que deseó y quiso a su Iglesia como su propia continuación. La Iglesia es la continuación del Logos, porque no tiene otra palabra que transmitir que la de la revelación de Jesucristo, cuya comprensión más completa busca incansablemente para proponer la salvación a los hombres de todos los tiempos. Se mire como se mire, la acción de la Iglesia es seguir difundiendo en el mundo la palabra de salvación que «de una vez por todas» (cf. Heb 9, 26) fue pronunciada por el Padre en la plenitud de los tiempos.

Es en este horizonte en el que se sitúa el nuevo *Directorio General para la Catequesis*. La primera pregunta que surge espontáneamente es siempre la misma: ¿era necesario un nuevo *Directorio*? Para responder con coherencia, es necesario considerar que cuando hablamos de evangelización y catequesis, debemos mantener la mirada fija en la historia. Anunciar el Evangelio no es un ejercicio teórico, sino una acción concreta y dinámica que se inserta en lo profundo de la historia y la cultura de los pueblos.

Esto es lo que surge de la enseñanza del papa Francisco: «...los distintos pueblos en los que ha sido inculturado el Evangelio son sujetos colectivos activos, agentes de la evangelización. Esto es así porque cada pueblo es el creador de su cultura y el protagonista de su historia. La cultura es algo dinámico, que un pueblo recrea permanentemente, y cada generación le transmite a la siguiente un sistema de actitudes ante las distintas situaciones existenciales, que esta debe reformular frente a sus propios desafíos. El ser humano “es al mismo tiempo hijo y padre de la cultura a la que pertenece”. Cuando en un pueblo se ha inculturado el Evangelio, en su proceso de transmisión cultural también transmite la fe de maneras siempre nuevas; de aquí la importancia de la evangelización entendida como inculturación. Cada porción del pueblo de Dios, al traducir en su vida el don de Dios según su genio propio, da testimonio de la fe recibida y la enriquece con nuevas expresiones que son elocuentes. Puede decirse que “el pueblo se evangeliza continuamente a sí mismo”» (EG, n. 122).

La Iglesia no puede ser eficaz en su labor de evangelización si olvida dos aspectos calificativos: cómo entrar en la cultura y cómo crear historia. Los dos polos no están separados. De hecho, la cultura, por su propia naturaleza, crea historia. A la hora de abordar esta cuestión, es bueno remitirse a lo que dice la constitución pastoral *Gaudium et spes* sobre el tema: «con la palabra cultura se indica, en sentido general, todo aquello con lo que el hombre afina y desarrolla sus innumerables cualidades espirituales y corporales; procura someter el mismo orbe terrestre con su conocimiento y trabajo; hace más humana la vida social, tanto en la familia como en toda la sociedad civil, mediante el progreso de las costumbres e instituciones; finalmente, a través del tiempo expresa, comunica y conserva en sus obras grandes experiencias espirituales y aspiraciones para que sirvan de provecho a muchos, e incluso a todo el género humano» (GS, n. 53). Sabemos hasta qué punto esta «definición», fue marcada por el pensamiento de J. Maritain y, en cualquier caso, los Padres del Concilio la hicieron suya, y sobre ella incidieron en la necesidad de la inculturación.

En este contexto, para permanecer conectados a la historia de nuestro tiempo, es necesario que nos fijemos en los fenómenos que obligan a la

Iglesia a repensar su labor de evangelización. Así como en el pasado se insertó en el contexto cultural primero de Grecia y luego de Roma; así como pudo llegar a las culturas más lejanas en la época de la gran historia misionera, también hoy la Iglesia reflexiona sobre cómo inculturar el Evangelio. Pensar en la evangelización mirando hacia otro lado, como si la necesidad de inculturación no existiera, y querer imponer el modelo habitual, no es un camino que se pueda recorrer. La audacia de la evangelización lleva inexorablemente a descubrir nuevos caminos y a seguirlos bajo la acción del Espíritu, que no puede ser limitada por los cálculos humanos.

Por lo tanto, la tarea que le corresponde a la Iglesia hoy en su labor evangelizadora me parece doble: por un lado, la necesidad de transmitir lo que «siempre se ha creído por todos y en todos los lugares», por utilizar la clásica expresión de Vincent de Lérin; por otro lado, la necesidad de comprender la nueva cultura que está apareciendo y que determinará los próximos siglos, creando unas condiciones impensables para nosotros y que nos sorprenden porque parecen rozar la ciencia ficción, cuando están a la vuelta de la esquina y están ya a punto de aparecer con todo su alcance histórico.

El reto educativo

La renovación de la catequesis se inspira en la renovación general de la Iglesia, que nunca puede faltar. Presentar un nuevo *Directorio* equivale a insertar el tema dentro de este proceso continuo que acompañará a la Iglesia hasta el final de los tiempos. Una comprensión rigurosa de la necesidad de renovación de la catequesis, sin embargo, nos obliga a considerar el proceso de inculturación que caracteriza a la catequesis en particular y que, sobre todo en nuestros días, requiere una atención particular. La Iglesia se enfrenta a un gran reto. Esto se concentra en la nueva cultura con la que está entrando en contacto, la *cultura digital*. Centrar la atención en un fenómeno que se perfila como global obliga a los responsables de evitar su olvido.

A diferencia del pasado, cuando la cultura se limitaba al contexto geográfico, la cultura digital tiene un valor que se ve afectado por

la globalización en curso y determina su desarrollo. Las herramientas creadas en esta década están manifestando una transformación radical del comportamiento que afecta sobre todo a la formación de la identidad personal y a las relaciones interpersonales. La rapidez con la que cambia el lenguaje, y con él las relaciones de comportamiento, permite vislumbrar un nuevo modelo de comunicación y formación que inevitablemente afecta también a la Iglesia en el complejo mundo de la educación. Pensar que hemos entendido este reto solo porque cada diócesis y parroquia tiene su propia página web es una ilusión de la que debemos alejarnos. La presencia en el mundo de Internet es sin duda un hecho positivo, pero la cultura digital va mucho más allá. Toca la raíz de la cuestión antropológica decisiva en todo contexto educativo, la de la verdad y la libertad. El hecho de plantear este problema hace necesario verificar la adecuación de la propuesta educativa de cualquier fuente. Sin embargo, se convierte en una confrontación inevitable para la Iglesia en virtud de su «competencia» sobre el hombre y su pretensión de verdad. Con la cultura digital estamos ante el verdadero punto de giro antropológico porque estamos inmersos en una cultura que presenta una nueva e inédita visión del hombre que está directamente involucrada con la inteligencia artificial y con una visión mucho más persuasiva de sus contenidos.

En este contexto, no se puede ocultar la disparidad generacional que hace necesario encontrar instrumentos capaces de dinamizar y hacer efectiva la evangelización. El riesgo de no poder conectar con las generaciones más jóvenes, por ejemplo, es un hecho grave y problemático. El gran reto al que se enfrenta la Iglesia hoy es la cultura digital. Se sitúa a nivel mundial y se impone cada vez más cambiando nuestros lenguajes y comportamientos. También impone una forma de inculturación del Evangelio, como lo hizo en el pasado con las diferentes culturas con las que nos encontramos. Esta cultura nos impide encontrar coartadas para seguir encerrados en nuestras comunidades. Internet representa una oportunidad para el diálogo, el encuentro y el intercambio entre las personas, así como el acceso a la información y el conocimiento. Muchos hablan ahora de lo digital como una forma directa de ciudadanía activa, y como medio que facilita la informa-

ción independiente y que, a menudo, muestra las violaciones de los derechos humanos. Entre otras cosas, está la ampliación de las capacidades cognitivas personales. La tecnología digital, como vemos cada día, ayuda a la memoria, permite almacenar y restituir datos en plazos impresionantes y, desde luego, ayuda a la vida social y personal. Estamos participando en una verdadera transformación antropológica. Los nativos digitales, es decir, las personas nacidas y criadas con estas tecnologías, las consideran ahora un hecho natural, privilegian la imagen más que la escucha, con la consecuencia de una evidente reducción de su desarrollo crítico. El consumo de contenidos digitales no es solo cuantitativo, sino también cualitativo, porque produce un nuevo lenguaje, una nueva forma de organizar el pensamiento y, obviamente, un comportamiento consecuente. Todo esto deja clara la diferencia con muchos de nosotros, los inmigrantes digitales, que seguimos siendo solo usuarios y los consideramos de hecho solo herramientas.

La cultura digital también se presenta como portadora de creencias que tienen características religiosas. La omnipresencia de los contenidos digitales, la difusión de máquinas que funcionan de forma autónoma con algoritmos y programas informáticos (*software*) cada vez más sofisticados nos llevan a percibir el universo como un flujo de datos, y a entender la vida en el horizonte de los algoritmos bioquímicos. Se está ante una forma inédita que cambian las coordenadas de referencia en lo que respecta a reconocer en quién confiar y quien tiene importancia. El modo en que se pide a un motor de búsqueda, a los algoritmos de una inteligencia artificial o a un ordenador, respuestas sobre cuestiones relativas a la propia vida privada, revela que uno se relaciona con la máquina y su respuesta, con una actitud fideísta. Como observó el Sínodo sobre los jóvenes: «el ambiente digital también es un territorio de soledad, manipulación, explotación y violencia, hasta llegar al caso extremo del *dark web*. Los medios de comunicación digitales pueden exponer al riesgo de dependencia, de aislamiento y de progresiva pérdida de contacto con la realidad concreta, obstaculizando el desarrollo de relaciones interpersonales auténticas. Nuevas formas de violencia se difunden mediante los *social media*... No se debería olvidar que «en el mundo digital están en juego ingentes intereses económicos, capaces

de realizar formas de control tan sutiles como invasivas, creando mecanismos de manipulación de las conciencias y del proceso democrático...» (CV, nn. 88-89). Como se puede ver, no todo lo que brilla es oro.

Para la Iglesia, que se abre a una nueva fase de evangelización, es un reto que no debe perderse. La verdadera pregunta que debemos hacernos ante esta nueva cultura no es cómo utilizar las nuevas tecnologías para evangelizar, sino cómo convertirnos en una presencia evangelizadora en el mundo digital. Cómo, por ejemplo, ser capaces de ayudar a descodificar los millones de datos que se reciben a diario, y cómo apoyar la búsqueda de la verdad con vistas a una respuesta convincente a la cuestión del sentido de la vida. Es urgente ser conscientes del poder de estos medios y utilizar todas sus potencialidades y aspectos positivos, pero no puede faltar el entendimiento de que la evangelización no puede llevarse a cabo sólo con las herramientas digitales. La evangelización está llamada a ofrecer espacios de experiencias de fe, donde el encuentro interpersonal es la carta de presentación. Por el contrario, nos encontraremos con una virtualización de la evangelización que viene a acercarse a otros mundos virtuales tanteados, con el riesgo real, sin embargo, de una evangelización débil e ineficaz.

Una renovación necesaria

La catequesis es un componente decisivo en la vida de la Iglesia porque tiende no solo a promover una conciencia cristiana cada vez más consciente del papel que debe desempeñar en la comunidad y en la sociedad, sino sobre todo porque inspira una vida de comunión que permite experimentar plenamente la grandeza de la fe. La formación cristiana es una exigencia para crecer en la fe, y nadie puede pensar que está exento de ella. La catequesis es uno de estos momentos y es esencial para la labor de la nueva evangelización. ¿Por qué consideramos que la catequesis es esencial para la obra de la nueva evangelización? Porque proporciona un conocimiento sistemático de los misterios de la fe y una comprensión cada vez mayor del valor del testimonio. En este contexto, por tanto, la catequesis es tan urgente como la propia

obra de la nueva evangelización, y constituye una de sus actividades primordiales.

La larga y articulada historia de la catequesis podría ayudar a mantener viva la tradición de fe que nos precedió junto con la enseñanza que se derivó de ella. No es nada inverosímil decir que Jesús fue el primer catequista de sus discípulos y de la comunidad que se reunía con él para escuchar su palabra. En particular, podemos recordar el uso que hace Lucas del verbo *katechéo* al principio de su Evangelio. A Teófilo, a quien dirige el Evangelio, Lucas le recuerda que lo que va a leer es fiable porque las «enseñanzas recibidas» son fruto de su propia investigación y testimonio. El verbo, sin embargo, es utilizado varias veces por Pablo para indicar tanto el dar instrucción en la fe como el recibir instrucción sobre su contenido. A diferencia del uso hebreo del verbo, el Apóstol lo limita a la fe y, por tanto, afirma que deben ser maestros competentes para la instrucción (cf. 1 Cor 12, 28; Ef 4, 11).

Del mismo modo, el apóstol Pablo afirma explícitamente en su Carta a los Gálatas: «El que recibe la enseñanza de la Palabra, que haga participar de todos sus bienes al que lo instruye» (Gal 6, 6). Como sabemos, los hechos de la muerte y resurrección del Señor constituyeron la primera profesión de fe de la Iglesia, transmitida oralmente y codificada posteriormente por el Apóstol en su primera Carta a los Corintios. Refiriéndose a él, el Apóstol lo define sencillamente como «evangelio»: «les he transmitido en primer lugar, lo que yo mismo recibí: Cristo murió por nuestros pecados, conforme a la Escritura. Fue sepultado y resucitó al tercer día, de acuerdo con la Escritura. Se apareció a Pedro y después a los doce» (1 Cor 15, 3-5). El anuncio del acontecimiento de la salvación y de la primera «profesión de fe» se recoge en los cuatro verbos: «murió», «fue sepultado», «resucitó» y «apareció». La fórmula, fácilmente memorizable, se convirtió en el contenido de la fe que progresivamente fue desarrollando y articulando los distintos momentos de la vida de Jesús y de la primera comunidad. Los Evangelios, los Hechos y las Cartas de los Apóstoles son los primeros instrumentos a través de los cuales las comunidades dispersas por todas partes fueron instruidas en la fe y crecieron en ella. La *didajé* junto con la celebración

de la eucaristía, la vida en común y el testimonio de la caridad son el testimonio de la vida de la primera comunidad. La síntesis se encuentra en el célebre texto de los Hechos, donde se describe fielmente la vida de la comunidad: «Todos se reunían asiduamente para escuchar la enseñanza de los Apóstoles y participar en la vida común, en la fracción del pan y en las oraciones» (Hch 2, 42). La época patristica ve la catequesis esencialmente ligada a la instrucción de los catecúmenos. El estudio y la clarificación del Símbolo, junto con la *mistagogia*, servían de base para el acceso al bautismo y la inclusión en la comunidad cristiana. Desde los primeros textos, como *la Didajé*, de finales del siglo I, hasta el *De catechizandis rudibus* de san Agustín, se va perfilando cada vez más la necesidad de la catequesis como instrucción necesaria para poder dar cuenta de la propia fe, lo que continúa hasta nuestros días. La catequesis, en definitiva, se presenta como el instrumento para llevar a un conocimiento cada vez más pleno del misterio en el que se cree, y así alcanzar la comunión con el Señor, participando de la vida trinitaria.

En su búsqueda de «los signos verdaderos de la presencia o de los planes de Dios». (GS, n. 11) a través de los cuales el Señor muestra a su Iglesia el camino a seguir, el *Directorio* identifica y subraya algunos de ellos, que son de gran utilidad para una renovación de la acción catequética en la realidad contemporánea: «la centralidad del creyente y de su experiencia de vida; la importancia de las relaciones y los afectos; el interés por aquello que ofrece significados verdaderos; el redescubrimiento de lo que es bello y eleva el alma» (cf. n. 5). Estas manifestaciones de la sensibilidad moderna constituyen casi el fondo de la propuesta del nuevo documento, un trazo que da la posibilidad a la catequesis de «ajustarse» al tiempo en que vivimos para ofrecer a todos, la luz que brilla en el rostro del Señor resucitado.

Además de esta motivación cultural, hay otra motivación que impulsó la redacción del *Directorio General para la Catequesis*, que es de naturaleza más teológica y eclesial. Es precisamente el momento de transición cultural en el que vivimos lo que ha llevado a la Iglesia, en las últimas décadas, a centrarse cada vez más en las exigencias de la

evangelización. Solo podía ser así, ya que «la Iglesia existe para evangelizar» (EN, n. 14). Con el tiempo, esta convicción se ha arraigado en la conciencia eclesial, convirtiéndose cada vez más y de manera generalizada en una clave interpretativa tanto para la reflexión como para la vida pastoral de la Iglesia en todo el mundo. Testimonio de ello son los temas de los últimos Sínodos de los Obispos que la Iglesia ha celebrado, que se interrogan, desde perspectivas complementarias, sobre la misión eclesial en el mundo contemporáneo: «La eucaristía, fuente y cumbre de la vida y de la misión de la Iglesia» (2005); «La Palabra de Dios en la vida y en la misión de la Iglesia» (2008); «La nueva evangelización para la transmisión de la fe cristiana» (2012); «La vocación y misión de la familia en la Iglesia y en el mundo contemporáneo» (2015); «Los jóvenes, la fe y el discernimiento vocacional» (2018). Son, en particular, el Sínodo de 2012 con la consiguiente exhortación apostólica *Evangelii gaudium* del papa Francisco (2013) y el vigésimo quinto aniversario de la publicación del *Catecismo de la Iglesia católica* (2017) las referencias que más interesan a la dimensión del anuncio del Evangelio y, en consecuencia, de la catequesis, y que son, por tanto, la exigencia más inmediata del nuevo *Directorio*.

En el magisterio del papa Francisco, la evangelización ocupa un lugar central. En la exhortación *Evangelii gaudium* se puede percibir una fuerte continuidad con la *Evangelii nuntiandi* de Pablo VI, así como rastrear la aportación de la *Redemptoris missio* de Juan Pablo II, documentos que testimonian la creciente atención del magisterio postconciliar sobre la dimensión de la misión evangelizadora. Además, recogiendo toda la riqueza de los trabajos del Sínodo sobre la nueva evangelización de Benedicto XVI, en los nn. 14-15 de la exhortación apostólica, el papa destaca los ámbitos en los que se realiza el anuncio del Evangelio —el ámbito de la pastoral ordinaria; el ámbito de los bautizados que no viven las exigencias del bautismo; el ámbito de los que no conocen a Jesucristo o siempre lo han rechazado— hasta afirmar que «la salida misionera es el paradigma de toda obra de la Iglesia». Esta consideración, en su carácter sucinto, es sumamente incisiva, porque, al reunir toda la vida eclesial bajo la dinámica misionera, nos invita a realizar un decisivo cambio de perspectiva: cada uno de los elementos de la

propuesta pastoral está llamado a convertirse en un cauce adecuado para la evangelización y la catequesis, por su inherente dimensión formativa, jugando así un papel decisivo en estos.

Por último, no hay que olvidar que el nuevo *Directorio* tiene un destino *universal*. Esto significa que tiene la tarea de dirigirse a todas las Iglesias particulares que poseen una gran tradición catequética y, en todo caso, que están marcadas por sus respectivas culturas. Solo para tener una visión general de la gran variedad de situaciones, consideremos que, junto a las Iglesias que entraron en contacto con el Evangelio hace muchos siglos, hay otras que están empezando o están dando sus primeros pasos en la fe; hay Iglesias que viven en contextos casi totalmente católicos, otras que se enfrentan a una fuerte secularización y otras que son pequeñas comunidades en naciones que profesan otras confesiones cristianas u otros credos. Hay Iglesias que experimentan la dureza de graves problemas sociales o que tienen situaciones ambientales que determinan radicalmente su fisonomía. Conviene recordar la peculiaridad de la tradición de la Iglesia latina y de las Iglesias orientales. Cada una de estas Iglesias, a lo largo de su historia, ha desarrollado una determinada comprensión y práctica de la catequesis. La tarea del *Directorio General para la Catequesis* no es tanto entrar en lo específico de estas situaciones, sino ofrecer un horizonte teológico y pastoral capaz de dar experiencia de las perspectivas y caminos generales que estamos llamados a seguir.

Para concluir

Una última palabra está dedicada a esos millones de mujeres y hombres, jóvenes y adultos, padres y abuelos que ejercen el ministerio de catequista por derecho propio. El *Directorio* tiene un importante capítulo dedicado a ellos y a su formación. El catequista, dice, «es un cristiano que recibe una llamada particular de Dios que, acogida en la fe, le capacita para el servicio de transmitir la fe y para la tarea de iniciar en la vida cristiana» (DC, n. 112). Como puede verse, en una síntesis precisa, se reúnen las características que hacen del catequista una per-

sona llamada al servicio de la evangelización en la transmisión de la fe de siempre y en la introducción al misterio de la vida nueva en Cristo. El *motu proprio Antiquum ministerium* del papa Francisco, que instituye el nuevo ministerio del catequista, es el siguiente paso tomado después del *Directorio*.

Con la institución de este ministerio de catequista se promueve aún más la formación y el compromiso de los laicos. Es una nota que merece ser considerada porque añade una connotación aún más concreta al gran impulso ofrecido por el Concilio Vaticano II, que en las últimas décadas se ha visto muy enriquecido no solo por un magisterio específico al respecto, sino sobre todo por un compromiso real en la Iglesia y en el mundo. No hay que subestimar la consideración que ofrece el papa: «El apostolado laical posee un valor secular indiscutible... su vida cotidiana está entrelazada con vínculos y relaciones familiares y sociales que permiten verificar hasta qué punto “están especialmente llamados a hacer presente y operante a la Iglesia en aquellos lugares y circunstancias en que solo puede llegar a ser sal de la tierra a través de ellos”» (LG, n. 33) (n. 6). La conclusión a la que llega el papa Francisco es clarísima: «Se cuenta con un numeroso laicado, aunque no suficiente, con arraigado sentido de comunidad y una gran fidelidad en el compromiso de la caridad, la catequesis, y la celebración de la fe» (EG, n. 102). De ello se deduce que recibir un ministerio laical como el de catequista da mayor énfasis al compromiso misionero propio de cada bautizado, que en todo caso debe llevarse a cabo de forma plenamente secular sin caer en ninguna expresión de «clericalización» (n. 7). En esta conclusión se juega gran parte de la novedad que aporta este ministerio: los hombres y mujeres están llamados a expresar su vocación bautismal de la mejor manera posible, no como sustitutos de los sacerdotes o de las personas consagradas, sino como auténticos laicos que, en la particularidad de su ministerio, permiten experimentar hasta dónde llega la llamada a ser hijos e hijas de Dios cuando actúan de manera conforme a su vocación.

No cabe duda de que la institución de este ministerio, junto con el del acólito y el lector, permitirá tener un laicado mejor formado y

preparado en la transmisión de la fe. Si se piensa solo en el compromiso con el estudio bíblico, la teología sacramental y la catequesis, es fácil imaginar cuánta riqueza cultural aportarán los ministerios instituidos en la comunicación de la comprensión de la fe. No se improvisan catequistas, porque el compromiso de transmitir la fe, además del conocimiento de los contenidos, requiere un encuentro personal previo con el Señor. Los que ejercen el ministerio de catequista saben que hablan en nombre de la Iglesia y transmiten la fe de la Iglesia. Esta responsabilidad no puede ser delegada, sino que implica a cada persona personalmente. En este horizonte, es fundamental lo que dice el papa Francisco sobre la identidad del catequista: «la comunión de vida como una característica de la fecundidad de la verdadera catequesis recibida» (n. 1). En definitiva, el catequista se caracteriza por su vida de comunión y participación con la comunidad cristiana, que queda como sujeto capacitador de la transmisión de la fe.